

El reino espiritual de Dios

Gilberto Urrutia

Cuando un creyente cristiano en algún momento de su vida, se toma el tiempo para meditar sobre ese gran misterio divino que es el destino final de su existencia después de morir, es muy razonable, que trate de imaginarse cómo podría ser la vida eterna prometida por Jesucristo en su Evangelio, y que llegue incluso a figurarse su propia visión de la patria celestial.

Ese ejercicio intuitivo de la fantasía, por medio del cual, cada quien se imagina la vida eterna a su manera, lo considero no solo muy positivo, sino de enorme provecho para toda aquella persona que en su corazón cobije y acaricie esa maravillosa esperanza.

La propia visión de la eternidad no es más que la reafirmación personal de la suprema esperanza del cristiano, porque uno está esperando convencido, de que la promesa de Jesús se cumplirá cuando llegue el tiempo justo.

Jesús no hizo ninguna descripción concreta de lo que el llamó con diferentes términos como: el Reino de Dios, Reino de los Cielos, la Casa del Padre o el Paraíso. Él anunció su existencia por medio de imágenes e hizo algunas parábolas y alegorías, quedando en consecuencia todo lo demás relacionado con la Vida Eterna, como ese gran misterio oculto e inescrutable que ha sido, es y seguirá siendo para nosotros seres mortales.

De una afirmación de San Pablo en su Carta a los Romanos (Rm 8, 24-25), infiero yo que mientras estemos en éste mundo terrenal, la vida eterna tiene que ser necesariamente un misterio indescifrable para nosotros, para que como promesa divina que es, por medio de nuestra fe y de la Gracia de Dios se transforme en nuestra esperanza en éste mundo terrenal de los que mueren y en nuestra herencia futura en la patria celestial de los que viven eternamente, así como lo expone San Agustín en uno de sus sermones sobre los salmos. (*Enarraciones sobre los Salmos*, 103, IV, 4)

Mi visión y los argumentos bíblicos en los que la fundamento

Así como cualquier cristiano, también yo tengo mi visión muy personal del Reino de los Cielos. Para mí el Reino de Dios debe ser un reino espiritual.

Me lo imagino como una dimensión o un mundo espiritual totalmente distinto a lo que conocemos de nuestro mundo material y visible.

Si Dios es espíritu, como lo afirma San Juan en su Evangelio (Juan 4, 24), entonces el Reino de Dios o Reino de los Cielos que dió a conocer Jesucristo, tiene que ser forzosamente como es Dios: espiritual.

Considerando que Dios como creador del Universo, insufló su espíritu en el hombre y la mujer, y que en consecuencia por ser los recipientes del alma, somos las únicas criaturas hechas a su imagen y semejanza, y que además, por habernos concedido el maravilloso privilegio de llamarnos hijos de Dios por la Obra Redentora y la Gracia de nuestro Señor Jesucristo, se puede deducir concluyendo, que los seres humanos somos de naturaleza espiritual y por lo tanto, somos también seres que poseemos un espíritu o bien seres con espiritualidad.

El Espíritu Santo que está continuamente obrando en todos nosotros como el gran guía y consolador de Dios, a quien Jesucristo envió para hacer el papel de nuestro aliado durante nuestro paso por el mundo terrenal, según mi forma de creer, actúa directamente sobre nuestra dimensión espiritual, concretamente sobre las grandes

potencias espirituales del alma humana, que son entre otras: la conciencia, la voluntad, el entendimiento, la memoria, la fe, el amor y la esperanza.

En este orden de ideas, mi concepción del ser humano es claramente dualista, ya que estoy convencido de que nuestra naturaleza está compuesta de dos dimensiones antagónicas que a su vez poseen cualidades y fuentes vitales distintas: el cuerpo material y el alma espiritual.

En una escena relatada en el Evangelio de San Mateo, Jesús se refiere de forma muy clara e instructiva a dos entidades o componentes diferentes del ser humano: el cuerpo y el alma; afirmando de forma irrefutable que el alma está dotada de su propia fuente vital y que al morir el cuerpo, el alma es capaz de seguir existiendo.

“No teman a los que sólo pueden matar el cuerpo, pero no el alma; teman más bien al que puede destruir alma y cuerpo en el infierno.”

San Mateo 10, 28

Hay otra escena en la que Jesús se refiere por última vez al Reino de Dios y ésta vez no lo hace en forma de parábola sino que hace una afirmación categórica y directa, la cual según mi opinión, no permite en absoluto ningún espacio para interpretaciones de significados diferentes a lo que expresó fiel y exactamente con sus palabras. Esa ocasión es cuando estaba Jesús ante Pilato en el pretorio y éste le pregunta: **¿Eres tú el rey de los judíos?**

Jesús respondió: «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, los que están a mi servicio habrían combatido para que yo no fuera entregado a los judíos. Pero mi reino no es de aquí». Juan 18, 36

Según mi opinión, en ésta culminante oportunidad pocas horas antes de ser crucificado, Jesucristo con esa respuesta concluyente, lo que hace es confirmar públicamente su revelación de ser el Hijo de Dios hecho hombre, y que por lo tanto, su reino no era de este mundo, por ser un reino de naturaleza completamente diferente y para nosotros seres mortales totalmente desconocida e inaccesible.

Poco después estando Jesús ya clavado en la cruz, en la escena que relata el Evangelio de San Lucas sobre la conversación que sostuvieron Jesús y el ladrón arrepentido quién estaba colgado a su lado:

“Y decía: Jesús acuerdate de mí cuando vengas con tu Reino. Jesús le dijo: Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso”. Lucas 23, 42-43

Esta maravillosa respuesta de Jesús al ladrón, con quien compartía su terrible agonía, es para mí el más grandioso testimonio para la humanidad de la inconmesurable Gracia y amor de Dios para un pecador arrepentido, y además, es la divina revelación más demostrativa, de que al morir un ser humano y separarse en ese momento el alma del cuerpo, el alma regresa a Dios su Creador y el cuerpo regresa a la tierra a la que pertenece.

Las almas de todos los seres humanos que han existido y que han muerto, siguen existiendo y viviendo espiritualmente en la eternidad. Eso lo afirmó claramente Jesucristo cuando le dijo a los Fariseos: **“Dios no es un Dios de muertos sino de vivos.”**(Lucas 20, 38).

Sería completamente absurdo y no tendría ningún sentido, que hubiese un Dios eterno de seres muertos que ya no existen en absoluto, que son la nada.

Jesucristo con su respuesta a los doctores de la ley judaica, trató de quitarles el velo de suprema ignorancia que tenían en su entendimiento de seres mortales limitados, en relación con la vida eterna y la muerte del cuerpo humano.

Un Dios Todopoderoso y eterno no puede ser Dios y no puede poseer y señorear un Reino eterno de seres mortales insignificantes de carne y huesos, que tienen una existencia como la de las moscas, que solamente viven un par de días y después no existen más.

Eso era una falsa creencia de los maestros del pueblo de Israel de aquellos tiempos, debido a una equivocada interpretación de las sagradas escrituras.

La muerte consiste en la separación del alma y del cuerpo, así como también en la separación definitiva entre los seres mortales del mundo material y las almas vivientes que inician su vida eterna en el Reino espiritual de Dios.

Como es natural y necesario, tanto el alma que llevamos en nuestros cuerpos así como las almas de todos los seres humanos de las próximas generaciones, también después de morir, seguirán el mismo rumbo y destino de nuestros seres queridos que ya murieron y de nuestros antepasados.

Los ángeles y las huestes celestiales que se mencionan por doquier en toda la Biblia, son todos igualmente seres o agentes divinos de naturaleza espiritual.

El cardenal John Henry Newman durante un sermón dió a conocer a sus feligreses una descripción del mundo espiritual, que él en algún momento de su vida se imaginó. A continuación un pequeño extracto de su visión:

« El mundo espiritual, aunque invisible, está sin embargo presente; presente, ni futuro, ni distante. No se encuentra encima del cielo, no está más allá de la tumba. Está aquí y ahora. El Reino de Dios está entre nosotros. De esto habla el texto: “No ponemos nuestros ojos —dice San Pablo— en las cosas visibles, sino en las invisibles, pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”.

Tal es el reino oculto de Dios, y lo mismo que ahora está oculto, así nos será revelado en el momento oportuno. Los hombres creen ser los señores del mundo y poder hacer lo que quieren. Piensan que esta tierra es de su propiedad y que sus movimientos están en su poder, cuando en realidad tiene otros señores además de ellos, y es el escenario de un conflicto mucho más importante del que son capaces de concebir. Contiene a los pequeños de Cristo, a los que ellos desprecian, y a Sus Ángeles en quienes no creen, pero que al final tomarán posesión de la tierra y serán manifestados.

La tierra que vemos no nos satisface. No es más que un principio, no es más que una promesa del más allá. Incluso en su mayor gozo, cuando se cubre con todas sus flores, aun entonces, no nos basta. Sabemos que en ella existen muchas cosas que no vemos. Un mundo de santos y de ángeles, un mundo glorioso, el palacio de Dios, la montaña del Señor de los Ejércitos, la Jerusalén Celestial, el trono de Dios y de Cristo, todas estas maravillas eternas, hermosas, misteriosas, e incomprensibles, se ocultan detrás de lo visible. Lo que alcanza nuestra vista es sólo la corteza exterior de un reino eterno y sobre este reino clavamos los ojos de nuestra fe. »

De los grandes doctores de la Iglesia cristiana en sus orígenes destaca de manera extraordinaria el genio y la obra de San Agustín de Hipona.

En lo que se refiere a la dualidad cuerpo y alma, estoy absolutamente de acuerdo con la tesis de San Agustín, y por esa razón expongo y defiendo la concepción agustiniana de la naturaleza humana.

Para San Agustín, la unidad en el ser humano consiste más bien en que el alma posee al cuerpo, usa de él y lo gobierna. Por consiguiente, hablando con propiedad, el hombre es el alma; el cuerpo no es un constitutivo esencial de igual rango.

También el gran Apóstol San Pablo en su Epístola a los romanos, da una prueba clara de que su propia visión del Reino de Dios, es de otro mundo diferente al conocido y de naturaleza inmaterial e impalpable, es decir, espiritual:

“Después de todo el Reino de Dios no es cuestión de comida o de bebida, sino de justicia, de paz y de gozo en el Espíritu Santo.” Romanos 14, 17

El virtuoso predicador inglés Charles H. Spurgeon escribió la siguiente meditación sobre cómo él vislumbraba el Reino de los Cielos:

“Es bueno que la mayor parte del tiempo de nuestra peregrinación, estemos mirando hacia adelante. Más allá está la corona, más allá está la gloria. El futuro debe ser, al fin y al cabo, el gran objeto del ojo de la fe, pues él nos trae esperanza, nos comunica gozo, nos da consolación e inspira nuestro amor. Al mirar hacia el futuro, vemos eliminado el mal, vemos deshecho el cuerpo del pecado y de la muerte y vemos al alma gozando de perfección y puesta en condiciones de participar de la herencia de los santos en luz. Mirando aún más allá, el iluminado ojo del creyente puede ver cruzado el río de la muerte, vadeado el sombrío arroyo, y alcanzadas las montañas de luz donde está la ciudad celestial. El creyente se ve a sí mismo entrando por las puertas de perla, aclamado como más que vencedor, coronado por las manos de Cristo, abrazado por Jesús y sentado con él en su trono, así como él ha vencido y se ha sentado con su Padre en su trono. La meditación en este futuro bien puede disipar la noche del pasado y la niebla del presente. Las alegrías del cielo compensarán sin duda las tristezas de la tierra”

Concluyo con un útil consejo de Spurgeon con miras al último viaje que emprenderemos en nuestra vida en este mundo, cuando nos llegue el momento de morir, en el que nos tocará el turno de separarnos de todo lo que conocemos y amamos aquí, para ir finalmente a la Casa de Dios Padre:

“Cristiano, medita mucho en el cielo; esto te ayudará a seguir adelante y olvidar la fatiga del camino. Este valle de lágrimas no es otra cosa que el camino real que nos conduce a la patria mejor. Este mundo no es sino el puente que nos lleva a un mundo de bienaventuranzas.”